

JOSÉ RAMÓN GONZÁLEZ, *Pensar por lo breve. Aforística española de entresiglos (1980-2012)*, Gijón, Trea, 344 págs.

En las últimas décadas se ha evidenciado un interés creciente de críticos y lectores por un tipo de escritura signada por la brevedad. Lo que en un principio fue un fenómeno ligado al auge de los microrrelatos, minicuentos, minificciones, *short stories*, *flash writing* y un largo etcétera de denominaciones, a finales del siglo XX comenzó a extenderse al ámbito de lo aforístico con idéntico empuje. No obstante, a diferencia del microrrelato, que ha gozado del prestigio de sus cultivadores y antólogos como Jorge Luis Borges o Augusto Monterroso, el aforismo ha andado un poco a tientas, apoyándose en una tradición milenaria de literatura sapiencial y en los esfuerzos puntuales y aislados de algunos (in)genios.

A pesar de la advertencia de Juan Ramón Jiménez acerca del escaso calado que tuvo el género aforístico en las letras españolas, la propia “ideología” del poeta de Moguer, la visión personalísima de Gómez de la Serna y sus greguerías o los proverbios de Antonio Machado demuestran la labilidad de un tipo especial de textualidad ajena a taxonomías. Afortunadamente, la nómina de escritores que han asumido el aforismo como vehículo de expresión se ha incrementado de manera exponencial a partir de la década de los ochenta, donde comienza razonablemente el período antologado por José Ramón González.

La edición de José Ramón González *Pensar por lo breve. Aforística española de entresiglos (1980-2012)*, publicada por la editorial asturiana Trea, demuestra el impulso que está recibiendo el aforismo de la mano de editoras de nuevo cuño. No es un fenómeno aislado. Una editorial de amplia recepción y demanda en el terreno de la poesía como Renacimiento ha abierto en 2010 la colección de libros de aforismos “A la mínima” dirigida por el poeta y aforista Manuel Neila, donde se recoge la producción aforística de muchos de sus grandes correligionarios: Nietzsche, Pessoa, Tagore o Ramón Eder. Asimismo, grandes editoras como la pionera Edhasa han sacado a la luz una muestra representativa de la mejor tradición internacional del aforismo; y, en el ámbito de la literatura nacional, Lumen, Pre-textos y Tusquets han publicado recientemente varias obras de aforistas relevantes como Erika Martínez o Jorge Wagensberg.

Mención aparte merece la editorial granadina Cuadernos del Vigía. Dirigida con buen criterio por Miguel Ángel Arcas, ha promovido la difusión del aforismo ya no sólo mediante el mantenimiento de una colección dedicada al género, sino que ha creado en 2013 un galardón único en el denso y heterogéneo panorama literario: el primer Premio Internacional “José Bergamín” de Aforismos.

Partiendo de este reconocimiento a la labor editorial que ha sabido recoger el responsable de *Pensar por lo breve*, José Ramón González presenta un panorama del aforismo accidentado y susceptible de continuas matizaciones. De hecho, el aforismo ha sufrido una indefinición permanente y sus necesarios estudios críticos se han retrasado, aun habiendo gozado de una rica tradición creativa. Así, frente al gran número de tesis doctorales, artículos científicos y números monográficos en revistas especializadas dedicados a otras formas breves como el microrrelato o el haiku, la aforística ha permanecido generalmente en un plano secundario para la academia. Por ello, la completa introducción de González se revela absolutamente necesaria a la hora de establecer las coordenadas fundamentales para el estudio y comprensión de este escurridizo género.

Como bien se aprecia en estas páginas, el género se encuentra en el límite “entre la literatura y la filosofía, entre la prosa de pensamiento y la poesía, y en el que vienen a confluir, además, diferentes fórmulas sentenciosas de tradición oral y escrita” (González, 2013: 18-9). Debido a esto, muchos de sus practicantes han buscado etiquetas más “expresivas” y que recogieran mejor el escrutinio subjetivo de cada autor ante el género; en consecuencia, de un tipo determinado de microtextualidad surgen libre e individualmente las *neuronas* (Valdelomar), los *membretes* (Girondo), los *aerolitos* (Carlos Edmundo de Ory), los *aforemas* (Miguel Ángel Arcas), los *aflorismos* (Castilla del Pino), los *pensamientos* (Pascal) o los *escolios* (Gómez Dávila), entre otras denominaciones.

Esta movilidad permanente entre fronteras y ámbitos genéricos ha provocado que el aforismo comparta campo semántico con un grupo muy amplio de formas breves señaladas por su brevedad y carácter sentencioso: adagios, apotegmas, máximas, sentencias, dichos, proverbios o refranes. A causa de esta problemática, el antólogo recurre al examen del género en su evolución histórica, así como al establecimiento de relaciones de parentesco –filiaciones,

contaminaciones, convergencias y diferenciaciones– entre el aforismo y el resto de fórmulas. De este modo, González observa dos estadios posibles del aforismo: un primer momento “clásico” de la aforística, en el que se solapa con la máxima o la sentencia, y un segundo periodo “moderno”, más próximo a la subjetividad poética y al “desvío” del lenguaje. En el fondo, en esta división subyace una consideración de la literatura como vehículo de verdad general, universal y prescriptiva en oposición a la fragmentación del monologismo inaugurada por pensadores de finales del siglo XVIII de la talla de La Rochefoucauld, Lichtenberg o la emergente intelectualidad del Círculo de Jena. En palabras de González: “Lo que proporciona esta nueva fórmula, a la que se ciñe también el aforismo moderno, son verdades parciales y provisionales, propias de un autor y de un momento y una circunstancia concreta, que aspiran a dar cuenta de un pensamiento en acción, liberado de cualquier atadura lógico-retórica” (González, 2013: 27).

Sin duda, el aspecto más relevante y más controvertido del estudio introductorio sobre el aforismo moderno es la cuestión de su posible condición fragmentaria o totalizadora. La estética de la fragmentación ha suscitado un animado debate sobre la prevalencia de una totalidad ausente o la dignificación del fragmento como entidad autónoma y significativa. González reconoce que el aforismo puede adoptar “una forma fragmentaria y discontinua” (González, 2013: 28), aunque finalmente se alinea con una corriente intermedia deudora de los presupuestos de Pedro Salinas sobre el signo lírico de la literatura del siglo XX, que reivindica la virtud epifánica del aforismo.

El otro gran debate intelectual que emprende el autor de *Pensar por lo breve* se basa en la difícil adscripción del aforismo al discurso poético o al filosófico. Para dirimir esta cuestión, González se apoya en uno de los teóricos más relevantes del género, Werner Helmich, quien diferencia el “aforismo conceptual” del “aforismo metafórico o analógico”. Si atendemos a taxonomías anteriormente mencionadas, el conceptual se ajustaría con bastante precisión al concepto de aforismo “clásico”, próximo a la máxima y al contenido doctrinal aplicable universalmente; por su parte, el “aforismo metafórico o analógico” supondría el correlato del aforismo “moderno”, más cercano a la poesía por el carácter revelador y subjetivo del lenguaje que emplea. Tanto Helmich como González aprecian una separación evidente entre estos dos tipos, aunque la terminología del teórico alemán desea evitar las fuertes connotaciones que arrastran las ideas de “clásico” y

“moderno”. En este sentido, González se muestra conciliador en su posicionamiento del aforismo como interregno en el que, provisionalmente, puede ejercer más fuerza una determinada “dominante” poética o filosófica con posibilidad de formas intermedias inclasificables.

Como bien previene el editor, el aforismo es “una realidad textual autónoma y autosuficiente, que admite una lectura exenta, pero una afirmación de este tipo resulta en última instancia una propuesta marcadamente idealista” (González, 2013: 42); sin embargo, este género puede presentarse en solitario o incluido en conjuntos más amplios, ya sea conformando un volumen unitario o como cita dentro de una obra de otro género. Esta tensión entre el texto individual y el conjunto provoca una oscilación significativa entre la lectura exenta y la “global”, que proporciona una hipotética macroestructura de sentido. Evidentemente, estas posibilidades de concreción de lecturas son múltiples y, en ocasiones, deliberadas o, al menos, condicionadas por un “plan previo” autorial. No obstante, González arguye con perspicacia que, pese a la resistencia que generan dichas estrategias, el lector “se enfrenta siempre a una tarea abierta” (González, 2013: 47).

Por último, el antólogo aborda el siempre peliagudo asunto del “canon” español de autores y obras para el período comprendido entre 1980 y 2012. Tras una breve mención a ilustres precedentes del género en la modernidad –Miguel de Unamuno, Benjamín Jarnés, José Bergamín o Max Aub–, aborda la “normalización del género” que ha ido produciéndose desde los años ochenta. Sin entrar en disputas sobre la presencia de tal o cual autor –toda antología nace condenada a ser criticada por sus elecciones–, los cincuenta autores de diferentes promociones seleccionados constituyen una muestra representativa de la producción aforística española de entresiglos.¹ Por supuesto, esto no

¹ En orden cronológico: Carlos Castilla del Pino, Cristóbal Serra, Carlos Edmundo de Ory, Ángel Crespo, Vicente Núñez, Antonio Fernández de Molina, Rafael Sánchez Ferlosio, Dionisia García, Rafael Pérez Estrada, Carlos Pujol, Guillermo Puerto, Eugenio Trías, Andrés Ortiz-Osés, Ángel Guinda, Rafael Argullol, Ricardo Martínez-Conde, Manuel Neila, Álvaro Salvador, Enrique Baltanás, Ramón Eder, Ángel de Frutos Salvador, Fernando Menéndez, Andrés Trapiello, Luis Valdesueiro, José Luis Gallero, Ramón Andrés, Rafael Marín, Miguel Ángel Arcas, José Luis Morante, Luis Felipe Comendador, Miguel Catalán, Fernando Aramburu, José Luis Argüelles, Carlos Marzal, Roger Wolfe, José Mateos, Mario Pérez Antolín, Jordi Doce, Pablo Miravet, Lorenzo Oliván, Javier Almuzara, Rafael Gonzalo Verdugo, Juan Varo, Camilo de Ory, Carmen Machado,

quiere decir que *Pensar por lo breve* ofrezca una visión íntegra de un género que es pura posibilidad. González se decanta por la inclusión de aforismos breves y muy breves en detrimento de reflexiones más extensas, ya que en ellas “se diluye la fuerza expresiva propia del aforismo o la máxima poética” (González, 2013: 61). Asimismo, soslaya los acercamientos expresivos más lúdicos o “greguerescos”. Estimo que esta exclusión, aunque operativa, delata una concepción “formalista” del género centrada en tres principios constitutivos: “máxima condensación verbal, máxima apertura semántica y máxima capacidad expansiva y proyectiva” (González, 2013: 38). Desde este punto de vista, una buena parte de la última aforística más irreverente, en especial la difundida a través de la red, queda descartada del corpus.

Pensar por lo breve. Aforística española de entresiglos (1980-2012) es un libro largamente esperado por quienes amamos el género. La profundidad del análisis de González, así como su inteligencia y buen gusto a la hora de seleccionar a los autores, brindan al lector —especializado o no— una valiosa incursión en uno de los géneros más alabados, pero igualmente temido. Sin lugar a dudas, la obra cumple con creces su objetivo de hacer ingresar al aforismo en un campo literario hostil, con frecuencia, a la brevedad.

PAULO ANTONIO GATICA COTE
Universidad de Salamanca

Fran Molinero, Andrés Neuman, Erika Martínez, Carlos R. Pavón y Barón de Hakeldama (José Gustavo Bernal Vidal).